

H.P. BLAVATSKY



ARTICULOS TEOSOFICOS

OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO TEOSOFICO

- I. La formación de un núcleo de Fraternidad Universal humana, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

- II. El estudio comparativo de religiones, filosofías y ciencias, antiguas y modernas; y la demostración en la práctica de la importancia de ese estudio.

- III. La investigación de las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

Prefacio

La tarea de desenredar la madeja de los albores de la historia cristiana ha resultado ser demasiado ardua para los doctos de cualquier clase y la indiferencia con la cual el mundo moderno del progreso científico ha acogido estos misterios menores, les pareció muy natural a los seres que se sienten completamente convencidos de su superioridad, con respecto a los pensadores antiguos. Sin embargo, al promediar del siglo XX, la posibilidad de que los instructores del pasado conocían verdades perdidas para nosotros ha ido suscitando más atención. Las inquietudes de nuestra civilización ponen en entredicho las pretensiones modernas, referentes al “progreso” y entre las personas reflexivas se constata una tendencia clara a investigar en la religión filosófica.

En dicho período, el estudio de los escritos de H.P.Blavatsky sobre este tópico extenso e importante es inestimable. A fin de comprender el efecto que las creencias religiosas actuales han ejercido sobre la historia y la vida humana, es esencial estudiar como ella reconduce el linaje de las ideas, las prácticas y las usanzas religiosas a fuentes que anteceden los albores de la era cristiana hasta el presente. Dos de sus artículos, que tocan estos temas, presentan el claro discernimiento de un ser versado en ocultismo, con respecto a los orígenes de la creencia cristiana, mostrando su procedencia de enseñanzas y fes más antiguas y, valiéndose de citas e ilustraciones, ofrece un cuadro detallado de su relación con las filosofías religiosas del mundo pagano. Uno de estos artículos es: “El Carácter Esotérico de los Evangelios”, un escrito muy profundo. El otro es: “Las Raíces del Ritualismo en la Iglesia y en la Masonería”; cuya primera publicación, en dos partes, se presentó en la revista “Lucifer” de Marzo y Mayo de 1889. Dicho artículo trata sobre la actitud clerical que amoldó los dogmas y las creencias familiares del cristianismo popular, iluminando el origen y la evolución de la institución, históricamente influyente, conocida como Masonería. Durante el estudio de este artículo, el lector encontrará auxilio en las páginas preliminares de “La Doctrina Secreta” y en el prefacio del segundo volumen de “Isis Sin Velo”. Vale la pena puntualizar que dicho tomo trata de forma exhaustiva los temas contemplados en este artículo.

En “Las Raíces del Ritualismo en la Iglesia y la Masonería”, se constata que las religiones del mundo emergieron como consecuencia de los esfuerzos heroicos de maestros sabios para galvanizar la atención de la humanidad sobre verdades atemporales, concernientes a la naturaleza y el destino del alma. Entre estas ideas, la más crucial es el concepto de lo Supremo, comúnmente dicha, la idea de Dios. Parece claro que el problema de los Maestros ha sido el de preservar la pureza de tal concepción filosófica, mientras instruían sobre la realidad omniabarcante que ésta representa. Lo cual implica el uso de símbolos impermeables a la materialización y a otras distorsiones de la fantasía humana. Así, H.P.B., como instructora dedicada a restaurar esta sublime concepción a su pureza primordial, empieza su consideración de las formas de la religión y la creencia occidental, explorando los orígenes filosóficos de la idea de Dios en el pensamiento de Occidente, examinando la etimología de la palabra “Dios.”

H.P.B. saca a relucir los efectos ejercidos en la creencia por el ascenso de la Iglesia Romana al poder temporal y la tentativa, sin éxito, de ciertos pensadores neoplatónicos para “hacer filosóficas” la formas cristianas. Ella reúne todo esto relatando los numerosos ritos, símbolos y aún el idioma espigados de las ceremonias paganas. Las formas de la observancia cristiana, sin casi ninguna excepción, se copiaron de la fe egipcia, griega y de otras culturas antiguas, desconociendo su sentido esotérico. En este artículo se critica severamente la interpretación literal del cristianismo eclesiástico; ya que la escritora se propone, básicamente, mostrar la sabiduría de los antiguos en preservar una distinción nítida entre todo los símbolos finitos y las verdades espirituales trascendentales, las cuales traspasan cualquier concepción o definición limitada.

Ella muestra que los vituperados gnósticos son los únicos cristianos filosóficos depositarios de una historia que antecede a Jesucristo, mientras la Masonería se remonta a los Misterios de la Grecia antigua y a un esfuerzo más reciente para preservar y continuar custodiando la sabiduría; hecho que los gnósticos ya no podían cumplir, porque sus perseguidores ortodoxos los diezmaron o los empujaron a la clandestinidad.

El hilo de Ariadna de la verdad común, enhebra estas formas de investigación y devoción filosófica. Tras de los detalles pintorescos de los mitos, las leyendas de los héroes y las alegorías cosmológicas, se

extiende un amplio substrato de la verdad antigua y, ahora, sólo pequeñas porciones se reflejan y, a menudo, se distorsionan en las creencias heredadas del mundo moderno. Inclusive: a ese substrato se le puede quitar el velo; sus sugestivas representaciones simbólicas pueden comprenderse y los que reconocen la clave de todos estos misterios pueden renovar el propósito de los maestros antiguos y modernos. El artículo en cuestión de H.P.B. puede facilitar tal clave para los que estudian sus explicaciones tocantes a las enseñanzas de las antiguas religiones filosóficas y de las verdades que subyacen a las creencias que, después de siglos, se divulgaron, comúnmente, en Europa y en América.

Las Raíces del Ritual en la Iglesia y en la Masonería

I

A menudo, a los teósofos se les tilda, muy injustamente, de ser infieles y aun ateos. Este es un grave error, especialmente en lo que concierne a la segunda adjetivación.

El ateísmo tiene un espacio muy reducido en la amplia Sociedad Teosófica constituida por muchas razas y nacionalidades, una asociación en que cada hombre y mujer es libre de creer en lo que mejor le plazca y seguir o no la religión en la cual nació y creció. Con respecto a ser unos “infieles”, éste es un denuesto erróneo y una falacia. A fin de mostrar cuán absurda es tal acusación, basta pedir a nuestros detractores que nos muestren, en el mundo civilizado, a una persona que *no* sea considerada “infiel” por otro individuo de un credo diferente. La situación no cambia, ya que nos movemos en círculos altamente respetados y ortodoxos o en la llamada “sociedad” heterodoxa. En ambos la gente se acusa de forma mutua, tácita, si no abiertamente. Una especie de ping pong mental, pasándose la pelota en silencio cortés. Por lo tanto, es cierto que ningún teósofo puede ser un infiel como no lo es el no teósofo; mientras, según la opinión de uno que otro fanático, no existe ser humano que no sea un infiel. En lo que concierne a la acusación de ateísmo, es una cuestión por completo distinta.

En primer lugar preguntamos: ¿qué es el *Ateísmo*? ¿Es el no creer y el negar la existencia de un Dios o Dioses? ¿o es simplemente el rechazo de aceptar una deidad personal basada en la hipótesis de R. Hall, según la cual el ateísmo es un “sistema feroz” porque “no deja nada *arriba* de nosotros que nos suscite reverencia, ni nada a nuestro alrededor que nos provoque ternura?” En el primer caso, la mayoría de nuestros numerosos miembros en la India, en Burmah y en otros lugares, objetarían; ya que creen en los Dioses y en los seres celestiales, *reverenciando* profundamente a algunos de ellos. Al mismo tiempo, un cierto número de teósofos occidentales admitirá su plena creencia en los Espíritus, espaciales o planetarios, fantasmas o ángeles. La mayoría de nosotros acepta la existencia de Inteligencias elevadas e inferiores y de Seres tan grandiosos como cualquier Dios “personal.” Este no es un secreto oculto. Volvemos a repetir lo que admitimos en el editorial de la revista “Lucifer” de Noviembre. La mayoría de nosotros cree en la supervivencia del Ego Espiritual, en los Espíritus Planetarios y en los *Nirmanakayas*: los grandes Adeptos de antaño, los cuales, abjurando su derecho al Nirvana, permanecen en nuestras esferas del ser como Seres humanos espirituales completos y no como “espíritus.” A excepción de su envoltura corporal visible, que rezagan, permanecen como eran, a fin de ayudar a la pobre humanidad hasta donde se pueda, sin interferir con la ley Kármica. En realidad, ésta es la “Gran Renuncia”. Un incesante autosacrificio consciente a lo largo de las edades, hasta el día en que la vista de la humanidad, ciega, se abra y *todos*, en lugar de los pocos, vean la verdad universal. Podríamos considerar a estos Seres como Dios y Dioses, si sólo permitieran que el fuego en nuestros corazones, al pensar en este sacrificio, el más puro de todos, se convirtiera en la llama de adoración o si consintieran la edificación del más pequeño altar en su honor. Pero jamás darán el beneplácito a esto. En efecto, “el corazón secreto es el (único) templo de la hermosa Devoción” y cualquier otro, en este caso, sería equiparable a la ostentación profana.

Consideremos, ahora, otros Seres invisibles en la escala de la evolución divina, algunos de los cuales se encuentran a un nivel superior y otros en uno muy inferior. En lo referente a estos últimos no tenemos nada que decir, mientras los primeros no tienen nada que decirnos; ya que para ellos es como si no existiéramos. Lo homogéneo no puede apercibirse de lo heterogéneo y, a menos que aprendamos como desembarazarnos de nuestra envoltura mortal, comulgando con ellos “de espíritu a espíritu”, no podemos esperar reconocer su verdadera naturaleza. Además: según cada Teósofo auténtico, el Yo Superior divino de los mortales es de la misma esencia que estos Dioses. Agregaremos que, el Ego Encarnado, al poseer el libre albedrío, tiene más responsabilidad que dichos Dioses; por lo tanto lo consideramos muy superior, si no más divino, que cualquier Inteligencia espiritual que *aún espera la encarnación*. Desde el punto de vista filosófico, la razón de ésto es obvia y todos los metafísicos de la escuela oriental la comprenderán. Las contingencias que esperan al Ego encarnado no existen en el caso de una Esencia pura y divina,

inconexa de la materia. Tal Esencia no tiene ningún mérito personal, mientras el Ego está en el camino hacia la perfección final a través de las pruebas de la existencia, el dolor y el sufrimiento. La sombra del Karma no revolotea sobre lo que es divino, prístino y tan distinto de nosotros que no puede existir ningún nexo entre los dos. En lo que atañe a esas deidades que el Panteón esotérico hindú considera finitas y por lo tanto sujetas al Karma, ningún verdadero filósofo las adoraría, son simplemente signos y símbolos.

¿Quizá se nos debería considerar ateos sólo porque, mientras creemos en las Huestes Espirituales, esos seres que se les debe adorar en su colectividad como un Dios *personal*, negamos que son la representación del Uno Desconocido? y ¿porque afirmamos que el Principio eterno, el Todo en el Todo o lo *Absoluto de la Totalidad*, no puede expresarse por medio de palabras limitadas, ni simbolizarse valiéndose de cualquier cosa con atributos condicionados y calificativos? Además: ¿deberíamos permitir que los católicos romanos, entre todos los hombres, nos acusen de idolatría sin que protestemos? Su religión es tan pagana como cualquier otra de la de los adoradores del sol y de los elementos. El credo que sustentan fue elaborado muchas edades anteriores al año I de la era cristiana. Además: sus dogmas y ritos son idénticos a los de cualquier nación *idólatra*, si es que actualmente ésta aun existe en espíritu y en algún lugar. El culto del Fuego Solar como símbolo del Poder Creador divino de la Vida y del Amor se había extendido en toda la tierra, del Polo Norte al Polo Sur, de los helados golfos escandinavos a las planicies tórridas de la India meridional, de América Central a la Grecia y a la Caldea. En los templos del Universo entero se celebraba la unión del Sol (elemento masculino) con la Tierra y el Agua (la materia, el elemento femenino). Si los paganos conmemoraban esta unión con una festividad que celebraban nueve meses antes del solsticio de invierno, el presunto período en que Isis concibió a (Horus), los cristianos católicos romanos hacen lo mismo. *Nueve meses antes de la Navidad* celebran el gran *día santo* de la *Anunciación*, en el cual la Virgen María “recibió el favor de (su) Dios” y concibió “el Hijo del *Supremo*”. De aquí el culto del Fuego, luces y lámparas en las iglesias. ¿Por qué? Porque Vulcano, el Dios del fuego, se desposó con Venus, la hija del Mar; los Magos cuidaban el fuego sagrado en el oriente y las Vírgenes Vestales en el occidente. El Sol era el “Padre”. La Naturaleza, la eterna Virgen-Madre: Osiris e Isis, el Espíritu-Materia, que los paganos y los cristianos adoran bajo cada uno de sus tres estados. Por éso, también en Japón las Vírgenes se visten de azul estrellado, irguiéndose sobre la luna creciente, simbolizando la Naturaleza femenina (en sus tres elementos: Aire, Agua y Tierra); mientras el Fuego o el Sol masculino, la fecunda anualmente con sus rayos brillantes (“las lenguas de fuego” del Espíritu Santo).

En el “Kalevala”, el poema épico más antiguo de Finlandia, perteneciente a la antigüedad precristiana, como afirman con acierto los eruditos, leemos acerca de los dioses finlandeses del aire, del agua, del fuego, de la selva, del Paraíso y de la Tierra. En la excelente traducción de J.M.Crawford, en Rune L (V. II.), el lector discernirá la leyenda completa de la Virgen María:

Mariatta, niña hermosa,
Virgen-Madre de la Tierra del Norte [...]

Ukko, el gran Espíritu que reside en Yûmäla, el cielo o el Paraíso, escoge a la Virgen Mariatta como vehículo para encarnarse en un Hombre-Dios. Ella queda embarazada al arrancar y comer una zarzamora (*marja*). Cuando sus padres la repudian, ella da a luz a un “Hijo inmortal” en el *comedero de un establo*. Después, el “Niño Sagrado” desaparece y Mariatta empieza a buscarlo. Pregunta a una estrella, “la estrella guía de la Tierra del Norte”, ¿dónde “se oculta su niño sagrado”?, pero la estrella le contestó con saña:

Si lo supiera no te lo diría
Tu hijo me creó,
Para brillar en el frío eternamente.

Así la estrella no comunicó nada a la Virgen. Ni la luna dorada la ayuda; porque después de que el niño de Mariatta la había creado, la dejó en el gran cielo:

Vagando en la oscuridad,
Sola, errando durante la noche,
Brillando para el bien ajeno [...]

Sólo el “Sol Plateado”, apiadándose de la Virgen-Madre, le dice:

Tu infante dorado está lejos de aquí,
Allí, tu niño sagrado está durmiendo,

Escondido en el agua hasta la cintura,
Oculto en los cañaverales y los juncos.

Ella lleva a su niño sagrado a la casa y mientras la madre lo llama “Flor”:

Otros lo denominan *Hijo del Dolor*.

¿Es ésta una leyenda post-Cristiana? Para nada; ya que, como dijimos, su *origen es esencialmente pagano* y ahora, su descendencia precristiana es indudable. Por lo tanto, con este dato literario a la mano, las recurrentes acusaciones de idolatría y ateísmo, de infidelidad y paganismo, deberían cesar. Además, el término *idolatría* tiene su origen en el cristianismo. Los nazarenos originales lo usaron durante los primeros dos siglos y medio de nuestra era en contra de las naciones que empleaban templos e iglesias, estatuas e imágenes; porque ellos, los primeros cristianos, *no tenían templos, estatuas, ni imágenes*; ya que las aborrecían. Por lo tanto, como este artículo mostrará, el término “idólatra” se aplica con más acierto a nuestros detractores que a nosotros. Para un católico es una actitud muy peligrosa tildar a algún hindú o budista de idolatría, si consideramos que en cada cuadrivio coloca imágenes de Madonas y estatuas de Cristo y Angeles en toda forma, hasta los Papas y los Santos. Ahora debemos corroborar esta aserción.

II

Podemos comenzar con el origen de la palabra Dios. ¿Cuál es la acepción verdadera y original del término? Sus significados etimológicos son tan numerosos como variados. Según uno de ellos la palabra deriva del antiguo y místico término persa: *goda*, que quiere decir “sí mismo” o algo autoemanante del Principio absoluto. La raíz etimológica era *godan*, de la cual se derivaron Wodan, Woden y Odín. Por lo tanto, las razas teutónicas, casi no alteraron la raíz del término, transformándolo en *Gott* (Dios), del cual se deriva el adjetivo *gut* (bueno) y *gotz* (ídolo). En la antigua Grecia, las palabras Zeus y *Theos* condujeron al *Deus* latín. Este *goda*, la emanación, no es y no puede ser idéntico a aquello del cual emana; por lo tanto, es simplemente una manifestación periódica y finita. Cuando Arato el viejo escribió: “todas las calles y los mercados de la humanidad están llenos de Zeus, los mares y los puertos rebosan de El”, no limitó su deidad a un Zeus o a su antetipo: Dyao, los reflejos temporales en nuestro plano terrenal, sino que quiso indicar el Principio universal omnipresente. Antes de que el fulgente dios *Dyao* (el cielo) atrajera la atención humana, existía el védico *Tad* (“Aquello”), que para el Iniciado y el filósofo no tenía ningún nombre particular, siendo la Tiniebla absoluta que subyace en la luz de cada rayo manifestado. No se pudo evitar que el ignorante llamara “Padre” a Surya, el sol, la primera manifestación en el mundo de Maya y el hijo de Dyao, así como aconteció con Júpiter, el reflejo de Zeus. Muy pronto, el Sol llegó a ser sinónimo y uno con Dyao. Para algunos era el “Hijo” y para otros el “Padre” en el cielo refulgente. Sin embargo, *Dyao-Pitar*, el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, muestra, en verdad, su origen finito al adjudicarle la tierra como esposa. Durante la plena decadencia de la filosofía metafísica, *Dyava-prithivi* “Cielo y Tierra”, empezaron a ser representados como los padres Universales cósmicos, no sólo de la humanidad, sino también de los dioses. Así, la concepción original, abstracta y poética de la causa ideal se objetivó. Dyao, el cielo, muy pronto se convirtió en el Paraíso, la habitación del “Padre” y, finalmente, en el Padre mismo. El Sol, una vez transformado en el símbolo del Padre, se le adjetivó como *Dina-Kara*, “el creador del día” y *Bhaskara* “creador de la luz”; siendo ahora el Padre de su Hijo y viceversa. Así se estableció el reino del ritualismo y de los cultos antropomórficos, el cual ha, finalmente, degradado al mundo entero y en particular a la actual edad civilizada.

Una vez constatado que éste es el origen común, no nos queda más que comparar las dos deidades: el dios de los gentiles y el de los judíos, en base a su Palabra *revelada* y a las definiciones que dan de ellos mismos, para concluir intuitivamente, quién se acerca más al ideal más excelso. Mencionamos al Coronel Ingersoll que yuxtapone Jehová con Brahma. El primero, “de las nubes y tinieblas del Sinai” dijo a los judíos:

No tendrás otros dioses delante de mí [...] No te postrarás ante ellos ni los servirás; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso y *haré repercutir la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y*

cuarta generación de aquellos que me detestan.” Ahora bien, compulsad esto con las palabras que el hindú hace salir de los labios de Brahma: “Soy el mismo para todos los seres. Aquellos que tributan honores a otros dioses con probidad, me adoran involuntariamente. Soy aquél que participa de todo culto y soy la recompensa de todos los adoradores.” Comparad estos dos párrafos. El primero es un abismo donde reptan las cosas engendradas de un lodo celoso; el otro es apoteósico como la bóveda celestial constelada de soles [...]

El primero es el Dios que galvanizaba la imaginación de Calvino, cuando a su doctrina de la predestinación le agregó aquella del Infierno pavimentado por los cráneos de los niños *no bautizados*. Las creencias y los dogmas de nuestras iglesias son mucho más blasfemos en las ideas que sobreentienden, que las de los paganos *ignorantes*. Las efusiones amorosas de Brahmâ bajo la forma de macho cabrío, de un ciervo o de Júpiter que seduce a Leda, transformándose en un cisne, son *alegorías* grandiosas. Jamás se divulgaron como una *revelación*; ya que era consabido que eran, los productos de la fantasía poética de Hesiodo y de otros amantes de la mitología. ¿Podemos decir lo mismo acerca de Ana y María, las *hijas inmaculadas* del dios de la iglesia católica romana? Sin embargo, un cristiano congénito considerará como el *pináculo* de la profanación el simple susurrar que las narrativas evangélicas son, también, *alegorías*; ya que serían la hipérbole del sacrilegio si se aceptaran en su interpretación literal.

En verdad, podrán blanquear y disfrazar al dios de Abraham y de Isaac cuanto les plazca, sin jamás refutar la aserción de Marción, el cual negó que el Dios de *Odio* podía ser lo mismo que el “Padre de Jesús.” Que sea una herejía o no, desde entonces, el “Padre que está en el Cielo” de las iglesias, permaneció como una criatura híbrida. Una mezcla entre el Jove de las multitudes paganas y el “Dios celoso” de Moisés. Exotéricamente es el Sol que habita en el Cielo o, desde el punto de vista esotérico, el Espacio. ¿No concibe, quizá, a la Luz “que brilla en las Tinieblas”, al Día, el Dyao brillante, el Hijo? y ¿no es, acaso, el Altísimo, el *Dios-Cielo*? Además, ¿no es, tal vez, la *Tierra*, la Virgen eternamente inmaculada y prolífica la cual, fecundada por el ardiente abrazo de su “Señor”, los rayos fructíferos del Sol, se convierte, en su esfera terrestre, en madre de todo lo que vive y respira en su amplio seno? De aquí el carácter sagrado de sus productos en el Ritualismo: el *pan* y el *vino* y las antiguas *messis* (mies), el gran sacrificio entregado a la diosa de la cosecha (*Ceres Eleusina*, nuevamente, la Tierra). *Messis* para los Iniciados y *missa* para el profano,¹ ahora transformada en la misa cristiana o litúrgica. La antigua oblación de los frutos de la Tierra al Sol, el *Dios Altísimo*, el símbolo del G.A.D.U.² de los masones actuales, se tornó en la base del ritual más importante entre las ceremonias de la nueva religión. En el pasado se rendía culto a Osiris-Isis (el Sol y la Tierra),³ a Bel y la cruciforme Astarte de los babilonios, a Odín o Thor y Friga de los escandinavos, a Belén y la Virgen parturienta de los celtas, a Apolo y a la *Madre Magna* de los griegos. Ahora bien, todas estas parejas tenían el mismo significado legado enteramente a los cristianos, los cuales lo transformaron en el Señor Dios o en el Espíritu Santo que descendía sobre la Virgen María.

El *Deus Sol* o *Solus*, el Padre, se hizo intercambiable con el Hijo, es decir, el “Padre” en su gloria del mediodía, se convertía en el “Hijo” al alborear, momento en que se decía que estaba “naciendo”. Esta idea culminaba anualmente el 25 de Diciembre durante el Solsticio invernal, momento en el cual se apuntaba el nacimiento del Sol o sea de los dioses solares de todas las naciones. *Natalis solis invicte* (El día natío del sol invencible). Es el “precursor” del Sol que resurge y *crece con vigor* hasta el equinoccio primaveral, cuando el dios Sol empieza el curso anual bajo el signo del Capricornio o *Cordero*, la primera semana lunar del mes. En toda la Grecia pagana se festejaba el primer día de Marzo; ya que sus *neomenia*⁴ se consagraban a Diana. Esta es la idéntica razón por la cual las naciones cristianas celebran la Pascua el primer domingo después de la luna llena del equinoccio primaveral. El cristianismo remedó las festividades paganas y los hábitos canónicos de sus sacerdotes e hierofantes. ¿Acaso se puede negar?

¹ Esta palabra procede de *pro* “antes de” y *fanum* “el templo”: los no-iniciados que se encontraban frente del templo, pero no se atrevían a entrar. (Véase las obras de Ragón).

² Gran Arquitecto Del Universo.

³ La Tierra y la Luna, su progenitora, son intercambiables. Así, todas las diosas lunares simbolizaban, también, la Tierra. Véase “La Doctrina Secreta”, la sección sobre el Simbolismo.

⁴ Fiestas de la luna nueva.

Eusebio, el autor de “La Vida de Constantino”, confiesa lo antedicho pronunciando, quizá, la única verdad de su existencia: “*los sacerdotes (de Cristo) adoptaron las vestiduras y los ornamentos externos empleados en el culto pagano, para que el Cristianismo atrajera más a los gentiles*”. Y habría podido agregar que incluyeron, también, “sus rituales” y dogmas.

III

La misma fuente de procedencia del ritualismo eclesiástico y francmasón y su consecutivo desarrollo paralelo es una realidad histórica, a pesar de que ésta sea poco confiable; sin embargo es avalada por una cantidad de hechos preservados por los antiguos autores. La masonería, aun con sus errores e innovaciones sucesivas, se acercaba más a la verdad que la iglesia, la cual, muy pronto, empezó a perseguirla. El origen de la masonería se remonta al gnosticismo arcaico o al cristianismo primordial esotérico. El ritualismo eclesiástico era y es, un *paganismo exotérico* puro y simple. Un paganismo *remodelado*, ni siquiera *reformado*. Lean las obras de Ragón, un masón que ocultó, bajo un velo de silencio, más de lo que los masones modernos conocen. Emprendan un estudio comparativo de las afirmaciones casuales, sin embargo numerosas, de los escritores griegos y latinos, muchos de los cuales eran Iniciados, Neófitos muy eruditos y partícipes de los Misterios. Finalmente, lean las invectivas elaboradas y venenosas de los padres de la iglesia en contra de los gnósticos, los Misterios y sus Iniciados y puede ser que discernan la verdad de que los fundadores de la iglesia fueron algunos filósofos paganos inducidos por los eventos políticos del momento, siendo objeto de persecución y hostigamiento por los obispos fanáticos del cristianismo, que aun carecía de un ritual fijo, un dogma y una iglesia. Ellos, al mezclar de manera advertida las verdades de la religión-sabiduría con las ficciones exotéricas muy amadas por las multitudes ignorantes, colocaron la primera base ritualística de las iglesias y de las logias de la masonería moderna. Ragón avaló este último hecho en su “Ante-Omniae” de la liturgia moderna comparada con los Misterios antiguos, mostrando los rituales efectuados por los primeros masones. Mientras el origen pagano de los hábitos canónicos eclesiásticos, los vasos sagrados y las festividades de la iglesia latina y de otras, es cerciorable comparándolos con los de las naciones paganas; sin embargo, entre las iglesias y la masonería se perfila una amplia laguna desde los días que ambas eran una sola entidad. Si se nos preguntara cómo puede ser que una profana, (como la escritora), sepa esto, contestaremos que la francmasonería moderna y antigua es un estudio obligatorio para todo Ocultista oriental.

La Masonería, no obstante sus accesorios e innovaciones modernas, (especialmente el espíritu bíblico presente en ella), es una fuerza positiva tanto en los planos morales como físicos, o por lo menos lo era hace apenas diez años.⁵ Era una verdadera *ecclesia*, en el sentido de unión fraternal y auxilio recíproco. Era la única *religión* del mundo si se considera la raíz etimológica del término que procede del latín *religare*: “unir”; ya que contribuyó a que los seres humanos que participaban en ella fueran “hermanos”, sin distinción de *raza* y *creencia*. No nos compete decir si con la lauta riqueza a su disposición pudiera efectuar muchas más cosas de las que hace. Esta organización no parece provocar ningún daño aparente y aun nadie, excepto la iglesia romana, la ha acusado de haber sido la causante de algún mal. ¿Se puede decir lo mismo del Cristianismo de la *iglesia*? Que la historia eclesiástica y profana contesten a la pregunta. En primer lugar, ha dividido a la humanidad entre Caínes y Abeles, ha diezariado a millones de personas en el nombre de Dios, el Señor de las *Huestes*, en verdad el feroz Jehová Sabaoth y en lugar de impulsar a la civilización, de la que tanto alardean sus seguidores, la ha atrasado durante las largas y tediosas edades medievales. Empezó a perder su terreno, sin poder detener ulteriormente la iluminación, bajo los incesantes asaltos de la ciencia y los motines de los que trataban de liberarse de su yugo. Incluso, ¿quizá ha endulzado, según se afirma, “el espíritu bárbaro del paganismo”? No en absoluto. La devoción

⁵ Desde el origen de la Masonería, la primera escisión de los “Hijos de la Viuda” ocurrió entre los masones británicos y americanos y el “Gran Oriente” francés. En lo que concierne al ritualismo y al amor fraterno, podríamos decir que estas dos secciones de la Masonería representan la protestante masónica y la iglesia católica romana.

mojigata a la iglesia, con su odio teológico, al no poder reprimir ulteriormente el adelanto humano, inoculó su letal espíritu de intolerancia, su egoísmo feroz, su codicia y crueldad en la civilización moderna bajo la máscara de la *hipocresía* y del manso Cristianismo. ¿Acaso los césares paganos fueron más despiadados o crueles que nuestros jefes y sus ejércitos? ¿Cuándo, los millones de proletarios han muerto de hambre como acontece hoy? ¿Cuándo, la humanidad ha derramado más lágrimas y sus sufrimientos han sido más intensos que ahora?

Sí, hubo un tiempo en que la Iglesia y la Masonería fueron una. Estos eran siglos de intensa reacción moral, un período de transición y de lucha en el que el pensamiento resultó ser tan agobiante como una pesadilla. Así, cuando la creación de nuevos ideales condujo al aparente abatimiento de los antiguos templos y a la destrucción de los ídolos de antaño, en realidad acabó con la reconstrucción de esos templos, usando los materiales antiguos y resucitando, entonces, los mismos ídolos bajo nuevos nombres. Fue una reconfiguración y un blanqueo universal, pero sólo en superficie. Jamás la historia podrá decirnos cuántos semi-Hierofantes y aun altos Iniciados se vieron obligados a negar sus creencias para asegurar la supervivencia de los secretos iniciáticos. Para saberlo, hay que acudir a la tradición y a una investigación minuciosa. A Pretextatus, procónsul de Achaia, se le acredita la siguiente frase expresada en el siglo cuarto: “privar a los griegos de los misterios sagrados *que cohesionaban a toda la humanidad*, equivalía a destituirlos de su vida.” Tal vez los Iniciados captaron la sugerencia y, que lo quisiesen o no, se unieron con los seguidores de la nueva fe que entonces estaba prevaleciendo y actuaron en consecuencia. Algunos judíos gnósticos helenizados hicieron lo mismo y más de un “Clemente Alejandrino”, un converso en apariencia; pero un ardiente neoplatónico y el mismo *pagano* filosófico de corazón, llegó a ser el instructor de los ignorantes obispos cristianos. En síntesis, el converso, sin que así lo quisiese, fusionó las dos mitologías externas, la nueva y la antigua y mientras divulgaba este compuesto a las masas, conservó las verdades sagradas para sí.

La clase de cristianos que produjeron es deducible del ejemplo de Sinesio, el neoplatónico. ¿Cuál letrado ignora el hecho o presumiría negarlo, que el discípulo favorito y más devoto de Hypatia, la filósofa virgen, mártir y víctima del alevé Ciryll de Alejandría, no había sido, ni siquiera, bautizado, cuando los sacerdotes egipcios le ofrecieron el arzobispado de Ptolemaida? Cada estudiante sabe que, una vez bautizado, después de haber aceptado el oficio entregado, todo esto se hizo tan *superficialmente* que él dio su aquiescencia sólo cuando los sacerdotes egipcios cumplieron con las condiciones dictadas, las cuales le garantizaban sus privilegios futuros. La cláusula principal es algo curiosa. Consistía en una condición imprescindible que le otorgaba la abstención de profesar las doctrinas (cristianas) en que él, el nuevo arzobispo, ¡no creía! Así, aunque fue bautizado y ordenado en los grados de diaconado, episcopado y sacerdocio, jamás se separó de su mujer, nunca abandonó su filosofía platónica, ni su deporte así rigurosamente interdicto a los demás obispos. Esto ocurrió, nada menos, que en el siglo V.

En aquel entonces, se estipulaban muchas concesiones del género entre los filósofos iniciados y los sacerdotes ignorantes del Judaísmo reformado. Los primeros trataban de ser fieles a los “juramentos contraídos durante los misterios” y de no perder su dignidad. Para que esto se cumpliera, tuvieron que negociar, deplorablemente, con la ambición, la ignorancia y el ascenso del fanatismo popular. Los filósofos iniciados creían en la Unidad Divina, el Uno o *Solus*, incondicionado y agnoscible. Aún, asintieron tributar homenaje público y reverencia a *Sol*, el sol que se movía entre sus doce apóstoles, los 12 signos zodiacales o los 12 Hijos de Jacob. Las masas, desconociendo *Solus*, adoraron a *Sol* y en él, a sus venerados dioses de antaño. No resultó ser muy difícil transferir este culto de las deidades solares-lunares y otras, a los Tronos, los Arcángeles, las Potestades y los Santos; especialmente cuando, dichas dignidades siderales se integraron en el nuevo canon cristiano casi sin alterarles sus nombres antiguos. Así, mientras durante la misa, el “Gran Elegido” susurraba repetidamente su absoluta fidelidad a la Suprema Unidad Universal del “incompresible Trabajador”, pronunciando, en tonos solemnes y enfáticos, la “Palabra Sagrada” (ahora suplantada por la “Palabra sumisa” masónica), su asistente seguía cantando el *Kyriel* (letanía) de nombres de esos seres siderales inferiores que las masas adoraban. En realidad, para el catecúmeno profano, que sólo algunos meses o semanas antes rezaba al Buey Apis, al Cinocéfalos y al Ibis

sagrado y a Osiris, el de la cabeza de gavián, al águila de San Juan⁶ y a la Paloma divina (que presencia el Bautismo mientras aletea sobre el Cordero de Dios), deben haberle parecido el desarrollo y la consecuencia más natural de su zoolatría nacional y sagrada, que le enseñaron a adorar desde su nacimiento.

IV

Así se puede demostrar que el binomio francmasonería moderna y ritualismo eclesiástico desciende, directamente, de los gnósticos iniciados, los neo-platónicos y los hierofantes que abjuraron los Misterios paganos perdiendo, entonces, sus secretos preservados sólo por los que no estipularon ninguna concesión. Si la iglesia y la masonería están dispuestas a olvidar la historia de su verdadero origen, los teósofos no quieren hacerlo, reiterando que la masonería y las tres grandes religiones cristianas son mercancía heredada. Las “ceremonias y el santo y seña” de la masonería, las oraciones, los dogmas y los ritos de las religiones cristianas, son copias maleadas de la teosofía neoplatónica y del paganismo puro (que los judíos remedaron y entresacaron diligentemente). Además, el “santo y seña” que los masones bíblicos aún usan, conectado con la “tribu de Judá”, “Tubal-Caín” y otros dignatarios zodiacales del Viejo Testamento, es un sinónimo judío de los antiguos dioses de las *plebes* paganas y no de los dioses de los hierogramatas, los hermeneutas de los *verdaderos* misterios. Lo que sigue es prueba tajante de lo antedicho. Los buenos hermanos masones no podrán negar que son, nominalmente, *Solícolas*, adoradores del sol en el cielo, en que el erudito Ragón vio un símbolo magnífico del G.A.D.U., que seguramente lo es. El único inconveniente que tuvo fue comprobar que dicho G.A.D.U. no era el *Sol* de la medianía exotérica de los *Profanos*, sino el *Solus* de los Altos *Epoptai*. Sin embargo, tal hazaña es imposible para todos. Desde luego, el secreto de los fuegos de Solus, cuyo espíritu irradia en la “Estrella Flamígera”, es un arcano hermético que un masón jamás comprenderá si no estudia la *verdadera* teosofía, visto que ya no entiende aun las pequeñas indiscreciones de Tshuddi. Todavía, los masones y los cristianos santifican el Sabbat sagrado, llamándolo el día del “Señor.” Sin embargo, todos saben que el domingo (*sunday* en inglés y *sonntag* en alemán), significa el *día del sol*, el mismo sentido que tenía hace 2000 años.

En cuanto a vosotros: reverendos, curas, sacerdotes, clérigos y obispos, que con tono tan caritativo llamáis a la teosofía “idolatría”, condenando abierta y privadamente, a sus adherentes a la perdición eterna, ¿podéis, quizá, ufanaros de un único rito, de una sola vestidura o vaso sagrado en la iglesia o en el templo, que no proceda del paganismo? Ahora bien, afirmar lo antedicho sería demasiado peligroso, no sólo desde el punto de vista histórico, sino del de las confesiones de vuestros eclesiásticos.

A fin de justificar nuestras declaraciones, he aquí una recapitulación.

Du Choul escribe:

⁶ Es un error doble afirmar que Juan el Evangelista se convirtió en el Santo de la Masonería sólo después del siglo XVI. Entre Juan el “Divino”, el “Vidente” y el escritor del Apocalipsis y Juan el Evangelista que ahora se representa en compañía del águila, hay una gran diferencia; ya que este último es una creación de Irineo en conjunto con el cuarto evangelio. Ambos fueron el resultado de la disputa entre el obispo de Lyon y los gnósticos y nadie jamás podrá decir cuál era el nombre real del escritor del evangelio más grandioso. Sin embargo, lo que sabemos es que el Águila es propiedad legal de Juan, el autor del “Apocalipsis”, escrito, originalmente, siglos anteriores a Cristo y simplemente *revisado* antes de recibir la hospitalidad canónica. Desde el principio del tiempo, este Juan u *Oannes*, era el patrón aceptado de todos los gnósticos egipcios y griegos (los primeros Constructores o *Masones* del “Templo de Salomón”, como anteriormente lo fueron de las Pirámides). El *Aguila* era su atributo, el símbolo más arcaico de todos, siendo el *Ah* egipcio, el ave de Zeus que todas las poblaciones antiguas consagraron al Sol. Aun los judíos la adoptaron, entre los Cabalistas Iniciados, como “símbolo de Sefirah Tiph-e-reth, el Eter o el aire espiritual”, según dice Myer en su “Qabalah”. Entre los druidas, el águila era un símbolo de la Deidad Suprema y también una parte del símbolo de los Querubines. Fue adoptada por los gnósticos precristianos y se puede ver al pie del *Tau* en Egipto, antes de que se colocara al pie de la cruz cristiana en el grado rosacruciano. El *Aguila*, preeminentemente el ave del Sol, tiene un nexo necesario con todo dios solar y es el símbolo de todo vidente que penetra en la luz astral, observando en ella las sombras del Pasado, del Presente y del Futuro, tan fácilmente como el *Aguila* mira al Sol.

Entre los romanos, antes de inmolar algo, los oficiantes del sacrificio debían confesarse.” Los sacerdotes de Júpiter se ataviaban con un alto bonete cuadrado negro (véase los sacerdotes modernos armenios y griegos), el sombrero de los *Flamines*. La *sotana* negra del cura católico romano es la *hierocaracia* negra, la vestidura amplia de los sacerdotes de Mitra, cuyo nombre derivaba de su color corvino (cuervo, *corax*). El rey-sacerdote babilonio tenía un anillo con sello dorado, pantuflas que los potentados conquistados besaban, un manto blanco y una tiara de oro de la cual colgaban dos cintas. Los papas poseen el anillo con sello y las pantuflas para el mismo uso, además tienen un manto de raso blanco bordado con estrellas doradas, una tiara con dos cintas pendientes y enhebradas de joyas, etc., etc. La vestidura de tela blanca (*la vestidura del alba*), es el atuendo de los sacerdotes de Isis, mientras los de Anubis se afeitaban la coronilla (según Juvenal) de la cual deriva la tonsura. La *casulla* de los “Padres” cristianos es la copia de la vestidura superior de los sacerdotes fenicios, los oficiantes de los sacrificios, un atuendo llamado *calasiris*, sujeto al cuello para descender hasta los *talones*. La *estola* de nuestros sacerdotes procede de un atuendo femenino gálico llevado puesto por los *Nautches* (danzarines) masculinos del templo, cuyo oficio era idéntico al *Kadashim* judío. (Véase el libro II de los Reyes, 23:7, para la verdadera palabra). Su *cinturón de castidad* provenía del *ephod* de los judíos y del cordón de los sacerdotes de Isis, los cuales hacían voto de castidad. (Consulten a Ragón para los detalles.)

Los antiguos paganos usaban el agua *bendita* o lustral para purificar sus ciudades, campos, templos y hombres, análogamente a lo que se hace ahora en los países católicos romanos. En la entrada de cada templo se encontraba la pila bautismal llena de agua bendita y llamada *favisse* y *aquiminaria*. Antes del sacrificio, el pontífice o *curión* (de aquí cura), sumergía en el agua lustral una rama de laurel, rociando así a la congregación piadosa ahí reunida y lo que entonces se llamaba *lustrica* y *aspergilium* hoy en día es el *aspersorio*. Entre las sacerdotisas de Mitra, éste era el símbolo del *lingam* Universal, que, durante los Misterios se embebía de leche lustral, rociando luego a los fieles. Era el emblema de la fecundidad universal, de aquí deriva el agua bendita en el cristianismo, un rito de origen fálico. Además, la idea que le subyace es puramente oculta y pertenece a la magia ceremonial. Las purificaciones se efectuaban mediante el fuego, el azufre, el aire y el agua. Para atraer la atención de los dioses celestiales se recurría a la ceremonia de purificación mediante el agua y para ahuyentar a los dioses inferiores se empleaba el *aspersorio*.

A menudo, los cielos abovedados de las catedrales y de las iglesias griegas y latinas, son coloreados de azul y pletóricos de estrellas doradas que representan el firmamento. Esto es copiado de los templos egipcios, donde se rendía culto al sol y a las estrellas. Según la descripción exhaustiva de Ragón en sus volúmenes destruidos, el Oriente (o el punto oriental), es objeto de reverencia en la arquitectura cristiana y masónica, como lo era en los días del paganismo. La *princeps porta*, la puerta del Mundo y del “Rey de la Gloria”, con la cual al principio se sobreentendía el Sol y hoy su símbolo humano, el Cristo, es la puerta del Oriente que da hacia el Este en cada iglesia y templo.⁷ Así, el “recién nacido” se introduce y se lleva a la fuente bautismal a través de esta “puerta de la vida”, el sendero solemne mediante el cual, todos los días, la estrella matutina entra en el *cuadrado oblongo*⁸ de la tierra o el Tabernáculo del Sol. Al lado izquierdo de las iglesias antiguas, que habían sido los templos de antaño, se encuentran las pilas bautismales, que en la antigüedad eran las *piscinas* de agua bendita. Se colocan a la izquierda porque ésta representaba (el lúgubre norte de donde empiezan los “aprendices” y en que los candidatos experimentan *la prueba del agua*). Los altares de la Lutecia pagana fueron sepultados y redescubiertos bajo el coro de Nuestra Señora de París. Esta iglesia aún conserva las pilas bautismales de antaño. Casi todas las antiguas iglesias grandiosas del continente, anteriores a la Edad Media, habían sido un templo pagano según los órdenes emitidos por los obispos y los papas romanos. Gregorio el Grande preceptuó a su misionero en Inglaterra, el monje Agustín, de “destruir los ídolos, pero ¡jamás los templos! Rocíalos con agua bendita,

⁷ Quizá no en los templos y capillas de los disidentes protestantes, cuya construcción se emprende en cualquier lugar y son multitudes. En América se sabe que hay capillas que se alquilan para fiestas y aun para representaciones teatrales. Hoy es una capilla y mañana, a causa de las deudas, se vende y se acondiciona para convertirse en licorería o en casa pública. Obviamente, estoy hablando de capillas, no de iglesias ni catedrales.

⁸ Un término masón. Un símbolo del Arca de Noé, de la Alianza, del Templo de Salomón, del Tabernáculo y del Campo de los israelitas, todas construidas como “cuadrados oblongos.” A Mercurio y a Apolo se les representaban con cubos y cuadrados oblongos. Lo mismo ocurre con Kaaba, el gran templo en la Mecca.

coloca en ellos algunas reliquias y deja que las naciones rindan su culto donde siempre solieron hacerlo”. Basta consultar las obras del cardenal Baronio para descubrir la siguiente confesión en el año XXXVI de sus *Anales*. Según dice, a la santa iglesia se le permitía apropiarse de los ritos y ceremonias vigentes entre los paganos en su culto idolátrico; ya que la iglesia los había purificado ¡consagrándolos! En el libro de Fauchet “Atigüedad Gálica” (Libro II, cap. 19), se lee que los obispos franceses adoptaron y usaron las ceremonias paganas a fin de convertir a sus seguidores en cristianos.

Esto acontecía cuando la Galia era aun un país pagano. En la Francia cristiana y en otros países católicos romanos ¿aun se efectúan las mismas ceremonias y ritos en agradecido recuerdo de los paganos y sus dioses?

V

Hasta el siglo cuarto, las iglesias no tenían altares; ya que entonces, el altar era una *mesa* elevada en el medio del templo para llevar a cabo la *Comunión* o la comida fraternal (la *cena*, puesto que la misa se decía, originalmente, en las horas vespertinas). De manera análoga, hoy día se eleva la mesa en la “Logia” para los banquetes masónicos que, por lo general, concluyen las actividades de la misma y durante los cuales, los Hiram Abifs resucitados, “los Hijos de la Viuda”, subliman sus brindis *disparando en efigie*, una forma masónica de transubstanciación. ¿Deberíamos llamar sus mesas de banquetes *altares*? ¿Por qué no? Los altares eran las copias del *ara máxima* en la Roma pagana. Los latinos colocaban piedras cuadradas y oblongas en proximidad de sus tumbas, llamándolas *aras*, altares y consagrándolas a los dioses *Lares* y *Manes*. Nuestros altares derivan de estas piedras cuadradas, otra forma de mojones, conocidos como los dioses *Termini*, los Hermes y los Mercurios, de ahí procede el *Mercurio cuadrado*, *cuadriceps*, *cuadrifrente*, etc., etc. Eran los dioses con *cuatro caras* de la antigüedad más remota, cuyos símbolos eran estas piedras cuadradas. La piedra en la cual se coronaban los antiguos reyes irlandeses era un “altar” de este género, que puede verse en la abadía de Westminster y, según la tradición, está dotado de voz. Por lo tanto, los mojones fronterizos y priápicos de los paganos, los dioses *termini*, son el solar directo de nuestros altares y tronos.

¿Quizá el lector feligrés se indigne si le decimos que los cristianos adoptaron la manera de adorar *pagana en un templo*, sólo durante el reinado de Diocleciano? Hasta entonces, les tenían un pavor irreductible a los altares y a los templos, execrándolos por los primeros 250 años de nuestra era. Estos cristianos primitivos eran los verdaderos; mientras los modernos son más paganos que cualquier ídola de antaño. Los primeros eran los *Teósofos* de entonces. Desde el cuarto siglo se convirtieron en gentiles heleno-judaicos, *careciendo*, sin embargo, de la filosofía neoplatónica. Veamos lo que dice Minucio Félix a los romanos en el tercer siglo:

¿Quizá vosotros imagináis que nosotros (los cristianos) escondimos nuestro culto porque *no tenemos templos ni altares*? ¿Qué imagen de Dios deberíamos erigir, dado que el mismo Hombre es Su imagen? ¿Qué templo podemos edificar a la Deidad, cuando el universo, que es su obra, apenas La contiene? ¿Cómo podemos entronar el poder de tal Omnipotencia en un único edificio? ¿Quizá, no sea mejor consagrar a la Deidad un templo en nuestro corazón y espíritu?

En aquel entonces, los *Crestianos* como Minucio Félix tenían bien presente el mandamiento del Maestro-Iniciado, según el cual *no hay que rezar en las sinagogas ni en los templos*, como hacen los *hipócritas* “para que los hombres los vean.” (Mateo, 6:5). No habían olvidado la declaración de Pablo, el Apóstol-Iniciado, el “Maestro Constructor” (Corintios 3:10) según el cual el Hombre era el único templo de Dios en que moraba el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Obedecían a los auténticos preceptos cristianos, mientras los cristianos modernos obedecen sólo a los cánones arbitrarios de sus respectivas iglesias y a las reglas de sus ancianos. “Los teósofos son ateos irreverentes, jamás asisten al servicio divino [...] y detestan la iglesia”, exclama un escritor en el periódico de la iglesia “Church Chronicle”, destapando su cólera visceral para verterla sobre los miembros *infieles y paganos* de la Sociedad Teosófica. El feligrés moderno lapida a los teósofos como sus antecesores antiguos, los fariseos de la “Sinagoga de los Libertinos” (Acto 6:9) lo hicieron a Esteban por haber dicho lo que aun muchos teósofos cristianos repiten: “el Supremo no habita en los templos edificadas por manos humanas”. Además, el

feligrés moderno, emulando a los injustos jueces de antaño, “soborna a los hombres” para que den testimonio contra nosotros.

En verdad, amigos, vosotros sois los dignos descendientes de vuestros antepasados, ya sea de los colegas de Saúl o del papa Leo X, el cínico autor de la famosa frase: “Cuán útil es, para nosotros, esta *fábula* de Cristo”.

VI

Hoy día, la teoría del “Mito Solar” ha perdido su lustre; ya que se oye repetir hasta la náusea por el orientalismo y el Simbolismo que la aplican, al azar, a todas las cosas y religiones, excepto al cristianismo eclesiástico y a la religión de estado. Indudablemente, desde períodos inmemoriales, el Sol simbolizaba la Deidad Creadora en toda nación de la antigüedad y no sólo entre los parsis. También los ritualistas compartían tal creencia. Como era entonces, así es hoy. Para los *pro-fanos*, nuestra estrella central es el “Padre”, mientras para los *Epoptai*, es el Hijo de la Deidad perennemente incognoscible. Las siguientes palabras del masón Ragón son el eco de lo antedicho: “el Sol era la imagen más sublime y natural del Gran Arquitecto y la alegoría más genial, bajo la cual, el hombre bueno y moral (el *verdadero sabio*), siempre lo había dotado de *Inteligencia* infinita e ilimitada.” Aparte de esta última afirmación, Ragón tiene razón en mostrar la paulatina degradación del símbolo que, en las mentes de los adoradores ignorantes, pasó del ideal simbólico, así representado y concebido, a ser objetivado en el sol mismo. Entonces, el gran autor masónico prueba que es el Sol *físico*, lo que los primeros cristianos consideraban el Padre y el Hijo. Ragón exclama:

Oh hermanos iniciados, ¿podéis olvidaros que en los templos de las religiones actuales existe una gran *lámpara* que arde día y noche? Pende ante el altar principal, el depositario del arca del Sol. Otra *lámpara* que arde en frente del altar de la virgen madre es el emblema de la luz *lunar*. Clemente Alejandrino nos dice que los egipcios fueron los primeros a instituir el uso religioso de las lámparas [...] ¿Quién desconoce que el deber más sagrado y terrible se encomendaba a las Vestales? El motivo por el cual a los templos masónicos los iluminan tres luces de astros: el *sol*, la *luna* y las *Episcopos* (los gurdianes), se remonta a que uno de los Padres de la Masonería, el letrado Pitágoras sugirió, advertidamente, que no deberíamos hablar de las cosas divinas sin una luz. Los paganos celebraban una festividad de lámparas llamada *Lampadophorias* en honor a Minerva, Prometeo y Vulcano. Sin embargo, Lactancio y algunos de los primeros padres, se quejaron acerbamente por la introducción pagana de las lámparas en las iglesias. Lactancio escribe: ‘Si se dignaran *contemplar esa luz que llamamos Sol*, muy pronto reconocerían que *Dios no necesita sus lámparas*.’ Vigilante agrega: ‘Bajo el asidero de la religión, la iglesia ha establecido una costumbre de los gentiles para encender las viles candelas, mientras que el sol nos ilumina con mil luces. ¿No es quizá un gran honor para el Cordero de Dios (el sol así representado) que, *situado en el medio del trono* (el universo), *lo embebe con el esplendor de su Majestad*?’ Estos pasajes nos demuestran que en aquel entonces, la iglesia primordial adoraba al Gran Arquitecto del Mundo en su efigie, el Sol, el único en su género.” (“La Misa y sus Misterios”, Ragón).

En efecto, cuando los candidatos cristianos deben dar el juramento masónico, se dirigen hacia el Este y su “Venerable” se encuentra en la esquina oriental, porque los neófitos hacían lo mismo durante los Misterios paganos. Sin embargo, la iglesia ha mantenido, a su vez, el mismo rito. Durante la Misa Mayor, al Altar Máximo se le adorna con el Tabernáculo o la urna donde se guarda la Hostia y seis velitas encendidas. El significado esotérico de esta urna y de su contenido, símbolo del Cristo-Sol, es el emblema del astro luminoso mientras las seis velas, tres a la derecha y tres a la izquierda, representan a los seis planetas (ya que los primeros cristianos desconocían los demás). Esta es una copia del candelero de siete brazos de la sinagoga, cuyo sentido es idéntico. “*Sol est Dominus Meus*”, “el Sol es mi Señor”, exclama David en el Salmo 95 que, según la traducción ingeniosa de la versión autorizada es: “el Señor es un Dios grandioso, un gran Rey *sobre* todos los Dioses” o los planetas, en realidad. En la obra “Filosofía de las Religiones Comparadas”, Agustín Chalis es más sincero cuando escribe:

En esta tierra todos son devos (demonios), excepto el Dios de los Videntes (Iniciados), el IAO sublime. *Si en el Cristo ustedes ven sólo* el Sol, entonces adoran a un *dev*, un fantasma, como lo son todos los niños de la noche.

El Oriente es el punto cardinal del cual surge la luminaria del Día, el gran dador y sustentador de la vida, el creador de todo lo que existe y respira en este globo. Por lo tanto es obvio que todas las naciones de la tierra lo adoraron como el agente visible del Principio y Causa invisible y que la *misa* se oficiara en honor del que entrega las *messis* o la “cosecha.” Sin embargo, se extiende un abismo entre el culto del ideal en su *totalidad* y el símbolo físico, una parte seleccionada para representar ese entero y el Todo. Para el egipcio erudito el Sol era el “ojo” de Osiris y no Osiris mismo, creencia compartida también por los zoroastrianos letrados. En el caso de los primeros cristianos, el Sol se convirtió en la Deidad *completa* y, valiéndose de la casuística, el ergotismo y los dogmas incuestionables, las iglesias cristianas modernas han forzado, hasta al mundo culto, a aceptar esta idea, hipnotizándolo en la creencia de que *su* dios es la única verdadera Deidad viviente, el artífice del Sol y *no el Sol mismo*, un demonio adorado por los paganos. ¿Cuál puede ser la diferencia entre un demonio malvado y el Dios antropomórfico, como se representa en los Proverbios de Salomón? Ese “Dios”, si la humanidad pobre, inerme e ignorante no lo invoca cuando su “temor se hace desolación” y su “destrucción un torbellino”, la amenaza así: “¡Me *reiré* de vuestras calamidades y me *burlaré* cuando vuestro miedo sobrevenga!” (Prov. 1:27) Identificad este Dios con el gran Avatar sobre el cual estriba la leyenda cristiana, hacedlo uno con el verdadero Iniciado que dijo: “Dichosos los que lloran porque recibirán consolación” y, ¿qué resultado obtenemos? Tal identificación es suficiente para justificar la felicidad proterva de Tertuliano, cuya simple idea de que un pariente, *infiel*, se quemara en el infierno, le suscitó placer y regocijo. Justifica también la sugerencia que Jerónimo dio al converso cristiano, que pisoteara el cuerpo de su madre pagana si tratase de impedirle que *la dejara por siempre* para seguir al Cristo. Tal identificación transforma a todos los tiranos de la iglesia, los asesinos e inquisidores, en los ejemplares más preclaros y nobles de la cristianidad *práctica* ¡jamás vistos!

VII

Se ha demostrado suficientemente que el ritualismo de la cristianidad primordial surgió de la masonería antigua, la cual fue, a su vez, la prole de los Misterios que, en aquel entonces, habían casi desaparecido. He aquí una digresión acerca de éstos.

Es consabido que en toda la antigüedad, cada nación tenía su culto *secreto*, que el mundo conocía como los Misterios y una adoración popular constituida por formas literales y vacuas ceremonias exotéricas. Entre los numerosos autores que avalan lo antedicho, se enumera a Estrabón (“Georgia”, lib 10). A nadie se le admitía en los Misterios, excepto a los que se preparaban mediante una disciplina particular. Los neófitos, instruidos en la parte visible de los templos, recibían su iniciación en los Misterios finales en las criptas. Estas instrucciones eran el último legado de la sabiduría arcaica que sobrevivió y su *representación* se efectuaba bajo la guía de altos Iniciados. Usamos la palabra “representación” a propósito; ya que las instrucciones *orales murmuradas* se impartían sólo en la cripta, en el silencio y el secreto solemne. En las clases públicas y durante las enseñanzas generales, se usaba la representación alegórica para divulgar las lecciones en cosmogonía y teogonía. Se acudía al simbolismo para impartir la forma en que funciona la evolución gradual del Kosmos, los mundos y finalmente, nuestra tierra, los dioses y los seres humanos. Durante los festivales de los Misterios, las masas presenciaban las grandes representaciones públicas y las multitudes adoraban, *ciegamente*, las verdades *personificadas*. Sólo los altos Iniciados, los *Epoptai*, comprendían su idioma y auténtico significado. Esto es consabido por los eruditos.

Según todas las naciones antiguas, los reales misterios de lo que llamamos, antifilosóficamente, *creación*, fueron divulgados a los electos de nuestra (quinta) raza por sus primeras dinastías de Regentes *divinos*, los dioses encarnados, las “encarnaciones divinas” o los llamados *Avatares*. Las últimas estrofas de “El Libro De Dzyan”, dadas en “La Doctrina Secreta”, hablan de los que gobernaron sobre los descendientes “producidos de la dinastía sagrada, los cuales redescendieron e hicieron las paces con la quinta (raza), enseñándole e instruyéndola.”

La frase “hicieron las paces” implica que hubo una *querella* anterior. El destino de los atlantes en nuestra filosofía y el de los *prediluvianos* en la Biblia, corroboran la idea. Una vez más, muchos siglos

antes de Ptolomeo, el mismo abuso del conocimiento sagrado se infiltró entre los iniciados del Santuario en Egipto. Debido a la ambición personal y al egoísmo, las enseñanzas sagradas de los dioses, preservadas por innumerables edades, volvieron a corromperse. Las interpretaciones impropias, muy a menudo profanaron el significado de los símbolos y pronto, los Misterios eleusinos resultaron ser los únicos prístinos, exentos de maleamiento e innovaciones sacrílegas. Estos honraban a Ceres Démeter o la Naturaleza y durante su celebración, que tomaba lugar en Atenas, se iniciaba a la flor y nata intelectual de Asia Menor y Grecia. Zósimo, en su cuarto libro, afirma que estos Iniciados incluían a *toda la raza humana*;⁹ mientras Arístides define a los Misterios como *el templo común de la tierra*.

A fin de conservar alguna reminiscencia de este “templo” y volver a construirlo, si fuese necesario, se *pusieron aparte* ciertos elegidos entre los iniciados. Esta tarea le correspondía a sus Altos Hierofantes en cada siglo, a partir del momento en que las sagradas alegorías mostraban los primeros signos de profanación y decadencia. Al final, a los grandes misterios *Eleusinos*, se les perfiló el mismo destino de los demás. Clemente de Alejandría describe su excelencia y propósito primordiales, mostrando que los Misterios mayores divulgaban los secretos y la manera en que se construía el Universo, siendo éste el principio, el fin y la meta última del conocimiento humano. En ellos, al iniciado se le mostraba la Naturaleza y todas las cosas *como son en sí*. (Estromata 8) Esta es la *Gnosis* pitagórica, *ἡγνωσις τῶν ὄντων* (el conocimiento de las cosas como son en sí). Epícteto habla de tales instrucciones en el siguiente panegírico: “Todo lo que éstas prescriben fue establecido por nuestros maestros a fin de instruir a los seres humanos y corregir nuestras costumbres.” En el “Fedón”, Platón hace eco a lo antedicho: “el objeto de los Misterios consistía en reconducir el alma a su pureza primordial o a *aquel estado de perfección del cual cayó*.”

VIII

Llegó un día en que los Misterios se desviaron de su pureza, así como aconteció con las religiones exotéricas. Esto empezó cuando, siguiendo la sugerencia de Aristigón (510 a.C.), el estado pensó en obtener de los Misterios Eleusinos una pingüe fuente de entrada constante. Así se aprobó una ley que contemplaba esto y, desde entonces, a nadie se le podía iniciar si no pagaba una cierta suma por el privilegio recibido. Este beneficio, que hasta entonces era asequible sólo mediante un esfuerzo incesante y casi sobrehumano hacia la virtud y la excelencia, ahora era artículo de compra con oro. Eventualmente, los legos y aun los mismos sacerdotes, al aceptar la profanación, perdieron su reverencia pasada por los Misterios internos, lo cual recrudeció la degradación de la Ciencia Sagrada. El desgarró hecho en el velo se dilató en cada siglo y los Hierofantes Supremos, temiendo más que nunca la publicación y la distorsión final de los secretos más sagrados de la naturaleza, se esmeraron para eliminarlos del programa *interno*, limitando su completo conocimiento a los pocos. Muy pronto, los que fueron *puestos aparte* llegaron a ser los únicos custodios del legado divino de las edades. Siete siglos después, Apuleyo, a pesar de su sincera inclinación hacia la magia y lo místico, en su “Asno de Oro” escribió una acerba sátira contra la hipocresía y el libertinaje de ciertas órdenes de sacerdotes *semi*-iniciados. El es la fuente de la cual aprendemos que, en aquel entonces, (segundo siglo d.C.), los Misterios se habían convertido en algo tan común, que en cualquier país se *iniciaba* a las personas de todas las clases y condiciones: hombres, mujeres y niños. En ese período, la iniciación se tornó tan necesaria así como lo llegó a ser el bautismo para los cristianos. Lo que el bautismo es hoy, la iniciación lo era en aquel entonces: una ceremonia puramente nominal y sin sentido, una mera forma. Sucesivamente, los fanáticos de la nueva religión pusieron su mano pesada sobre los Misterios.

⁹ Cicerón, en “La Naturaleza de los Dioses” dice: “Omito a la famosa Eleusis, sagrada y venerable, a donde acuden las gentes de las naciones más apartadas de la tierra para recibir la iniciación.”

Los *Epoptae*, los que “ven las cosas como son”, desaparecieron uno a uno, emigrando a regiones inaccesibles para los cristianos. Muy pronto, quedaron sólo los *Mystae* (de *Mystes* “o velado”), “los que ven las cosas en su apariencia”, convirtiéndose en los únicos maestros de la situación.

Los que fueron “puestos aparte” preservaron los verdaderos secretos y los *Mystae*, que los conocían sólo superficialmente, colocaron la primera piedra angular de la masonería moderna. Esta primitiva fraternidad de masones semipaganos y semiconversos, fue la fuente de la cual nacieron el ritualismo y la mayoría de los dogmas cristianos. A los *Epoptae* y a los *Mystae* se les puede llamar *Masones* (constructores); ya que ambos realizan la promesa dada a sus Hierofantes y “Reyes” βασιλεις (*basiléis*) que desaparecieron hace mucho tiempo y cumplen con las órdenes que estos últimos dejaron; es decir, la *reconstrucción* de sus templos. Los *Epoptai* se encargaban de la parte “inferior” (las criptas), mientras los *Mystae* de la parte “superior” (visible). Estos eran los nombres que en la antigüedad se daban, vulgarmente, a estas dos partes, costumbre que sigue aun vigente en ciertas regiones. En “Electra” (segundo acto), Sófocles habla de la fundación de Atenas, el lugar de los Misterios Eleusinos, como si fuera el “edificio sagrado de los dioses”: construido para los *dioses*. A la iniciación se le describía como un “entrar en el templo”, mientras la “purificación” o la *reconstrucción del templo* se refería al *cuerpo* de un iniciado en su última prueba suprema. (Véase el Evangelio de San Juan, 2:19). A veces, también la doctrina esotérica era llamada el “Templo” y la religión popular exotérica “ciudad.” *Construir un templo* significaba fundar una escuela esotérica. Construir un “templo urbano” quería decir establecer un culto público. Por lo tanto, los verdaderos “Masones” supervivientes del Templo *inferior* o la *cripta*, el lugar sagrado de la iniciación, son los únicos custodios de los auténticos secretos *Masónicos*, actualmente perdidos para el mundo. Estamos bien dispuestos a otorgar a la Fraternidad Masónica moderna el título de “Constructores del Templo *superior*”; ya que la superioridad apriorística, implícita en el adjetivo comparativo, es tan ilusoria como la llama mosaica que arde en las Logias de los Templarios.

IX

La alegoría mal comprendida denominada el Descenso en los *Hades* (la región infernal), ha sido la fuente de innumerables daños. Los *adaptadores* no iniciados de los ritos paganos, al transformarlos en los ritos y dogmas eclesiásticos, desfiguraron la “fábula” exotérica del descenso de Hércules y Teseo en las *regiones infernales*, la del viaje análogo de Orfeo, el cual encontró su camino mediante el poder de su lira, (“Metamorfosis” de Ovidio), la de Krishna y, finalmente, la de Cristo, que “descendió al Infierno y, al tercer día, resucitó de entre los muertos.”

Desde el punto de vista astronómico, dicho *descenso al infierno* simbolizaba el Sol durante el equinoccio otoñal cuando, al abandonar las regiones siderales superiores, libraba una presunta lucha con el Demonio de la Oscuridad, el cual derrotaba a nuestro astro. Entonces, se suponía que el Sol experimentaba una *muerte temporal* y descendía a las regiones infernales. Desde el punto de vista místico, simbolizaba los ritos iniciáticos en las criptas del templo, llamadas el Submundo. Baco, Heracles, Orfeo, Asclepio y todos los demás visitantes de la cripta *descendieron al infierno y ascendieron en el tercer día*; ya que todos eran iniciados y “Constructores del Templo inferior.” A todo neófito y *Chrestos* durante las pruebas podemos dirigir las palabras que Hermes profiere a Prometeo encadenado en las rocas áridas del Cáucaso, esto es: encadenado por la ignorancia a su cuerpo físico, mientras los buitres de la pasión lo devoran. “Estos dolores serán interminables hasta que aparezca el (o *un*) dios que asuma tus penas y esté dispuesto a descender al lúgubre Hades contigo, en las profundidades lóbregas del Tártaro.” (Esquilo, “Prometeo”). Enseguida su sencillo significado: hasta que Prometeo (o el ser humano) encuentre el “Dios” o el Hierofante (el Iniciador) dispuesto a descender en las criptas de la iniciación, orientándolo en el Tártaro, los buitres de la pasión jamás cesarán de devorar sus órganos vitales.¹⁰

¹⁰ Una área oscura de la cripta en la cual se suponía que el candidato a la iniciación se desembarazara de sus peores pasiones y la lujuria para siempre. De aquí las alegorías de Homero, Ovidio, Virgilio, etc., que el erudito moderno acepta literalmente. Flegeton era el río del Tártaro en el que el Hierofante sumergía tres veces al iniciado, después de que las pruebas terminaban y un nuevo ser humano *había nacido*. En el arroyo oscuro había dejado, para siempre, al

Esquilo, siendo un iniciado vinculado por el juramento al silencio, no podía divulgar nada más. Sin embargo, Aristofanes, quizá por ser menos circunspecto o más audaz, en su sátira inmortal “Las Ranas”, sobre el *descenso en el Infierno* de Heracles, expone el secreto a los que no están tan obnubilados por prejuicios excesivamente arraigados. Esta obra incluye el coro de los “dichosos” (los iniciados), los Campos Elíseos, la llegada de Baco (el dios Hierofante) con Heracles, la recepción con antorchas ardientes, los emblemas de la *nueva Vida* y la Resurrección desde la oscuridad de la ignorancia humana a la luz del conocimiento espiritual, la Vida eterna. Cada palabra de la brillante sátira, muestra el sentido esotérico del poeta

Inflamaos, antorchas ardientes [...] porque tú, Iaccos, vienes
Agitándolas en tu mano,
Estrella fosforescente del rito nocturno.

Todas estas iniciaciones finales eran nocturnas. Por lo tanto, en la antigüedad, decir que alguien había descendido al Hades, equivalía a llamarlo un *inciado cabal*. A los que quieren impugnar lo antedicho, los invito a que expliquen el significado de una oración en el sexto libro de la Eneida. Cuando el poeta presenta la sombra anciana de Anquises en los Campos Elíseos, el cual sugiere a Eneas que viaje a Italia [...] donde en el Lacio luchará contra una población bárbara, lo aconseja, también, a que antes de emprender el trayecto “*descienda al Hades*”, o sea, que se inicie. ¿Qué quiere decir Virgilio con estas palabras, si no lo que acabamos de mencionar?

Los clérigos benévolos, los cuales, a la más mínima provocación no se abstienen de enviarnos al Tártaro y a las regiones infernales, no sospechan el buen deseo que tal amenaza contiene para nosotros y qué carácter sagrado uno debe tener antes de entrar en un lugar tan santificado.

Los paganos no eran los únicos depositarios de los Misterios. En el catorceavo capítulo del segundo libro de “El triunfo Eclesiástico”, Belarmino afirma que los primeros cristianos adoptaron de las ceremonias paganas la costumbre de reunirse en la iglesia durante las vísperas nocturnas de sus festividades para celebrar vigiliias o “veladas”. Al principio, sus ceremonias se efectuaban con la santidad y la pureza más edificantes. Sin embargo, muy pronto, los abusos inmorales se insinuaron en estas “asambleas” obligando los obispos a abolirlas. Hay docenas de libros en que se lee la lascivia de las fiestas paganas. En “Las Leyes” de Cicerón, encontramos que Diógenes, el tebano, abolió los Misterios mismos, no teniendo otros recursos para remediar estos desafueros durante las ceremonias. Cuando comparamos las dos clases de celebraciones, los Misterios paganos milenarios y los ágapes cristianos de una religión recién nacida que pretende tal influencia purificadora sobre sus conversos, no podemos mas que lamentar la ceguera mental de sus defensores y por su beneficio citaremos esta pregunta de Roscommon:

Cuando empezáis con tanta pompa y boato,
¿Por qué terminar en este punto tan mediocre y bajo?

X

El Cristianismo primitivo, derivando de la Masonería primitiva, tenía sus ademanes, sus santos y señas y grados iniciáticos. El término “Masonería” es muy antiguo, pero su uso es reciente en nuestra era. Pablo se define un “maestro-constructor” y lo era. Los masones antiguos se llamaban con muchos nombres y la mayoría de los eclécticos alejandrinos, los teósofos de Ammonio Saccas y los neoplatónicos siguientes eran virtualmente masones. Todos estaban vinculados por el juramento al silencio, se consideraban una Hermandad y tenían, también, sus signos de reconocimiento. Entre los eclécticos o filaleteos se enumeraban los letrados más hábiles y cultos de su período y varias testas coronadas. El autor de “La Filosofía Ecléctica” escribe:

Los paganos, los cristianos asiáticos y europeos adoptaron sus doctrinas y, durante un lapso, todo parecía facilitar una fusión general de la creencia religiosa. Los emperadores Alejandro Severo y Juliano acogieron

viejo pecador y en el tercer día resurgía del Tártaro como una *individualidad*; ya que la *personalidad* había muerto. Personajes como Ixión, Tántalo, Sísifo etc., simbolizan alguna pasión humana.

dichas enseñanzas. Su influencia predominante sobre las ideas religiosas suscitó los celos de los cristianos alejandrinos. Entonces, la escuela fue trasladada a Atenas y, finalmente, el emperador Justiniano la cerró. Sus instructores se retiraron a Persia¹¹ donde tuvieron muchos discípulos.

Algunos detalles quizá resulten interesantes. Sabemos que los Misterios Eleusinos sobrevivieron a todos los demás. Mientras los cultos secretos de los dioses menores como los *Curates*, los *Dactiles*, la adoración de Adonis, de los Kabiris y aun los del antiguo Egipto, habían desaparecido completamente bajo la mano vengativa y cruel del despiadado Teodosio,¹² los Misterios Eleusinos no fueron eliminados tan fácilmente. Eran, en realidad, la religión de la humanidad y brillaban en todo su esplendor antiguo, si no en su pureza primitiva. Tardaron algunos siglos para elidirlos y su completa supresión se llevó a cabo hasta el año 396 de nuestra era. Entonces, los “constructores del Templo *superior* o urbano” aparecieron por primera vez en la escena, obrando, incesantemente, para infundir sus rituales y dogmas particulares en el estado incipiente de una iglesia beligerante y pleitista. El tríple *Santo* de la misa católica romana es el tríple S . . S . . S . . de los primeros masones y es el prefijo moderno de sus documentos o, según nos dice ingeniosamente el masón Ragón: “la inicial de la palabra *salud*, presente en todo trabajo masón escrito [...] y este triple saludo masónico, es el más antiguo de todos.”

XI

Sin embargo, vale la pena mencionar que éste no fue el único injerto que dichos masones aplicaron al árbol de la religión cristiana. Durante los Misterios eleusinos, el vino representaba a Baco y el pan o trigo a Ceres.¹³ Ahora bien, Ceres o Démeter, era el *principio reproductor* femenino de la tierra, la esposa del Padre Eter o Zeus y Baco, el hijo de Zeus-Júpiter, era su padre manifestado. En otras palabras, Ceres y Baco personificaban a la Substancia y al Espíritu, los dos principios vivificantes en la naturaleza y en la tierra. Antes de la *revelación* final de los misterios, el Hierofante Inciador presentaba, simbólicamente, el vino y el pan que el candidato comía y bebía como efigie de que el espíritu debía vivificar la materia, es decir, la sabiduría divina del Yo Superior debía penetrar y tomar posesión de su Yo interno o Alma, mediante lo que se le estaba por revelar.

La iglesia cristiana adoptó este rito. El Hierofante, al cual se le llamó “Padre”, ahora se ha convertido en el “Padre” cura, *sin* el conocimiento y actualmente oficia la comunión. El mismo Jesús se define una viña y llama a *su* “Padre” el viñador. Su precepto durante la Última Cena demuestra su conocimiento cabal del significado simbólico del pan y del vino y su identificación con los *logoi* de los antiguos. “Quien coma mi carne y beba mi sangre tendrá la vida eterna.” Sus discípulos contestaron: “Estas *son* palabras duras”, a lo que él añadió: “Las palabras (*rhemata* o fórmulas secretas) que os comunico son el Espíritu y la Vida.” Así es, porque “el Espíritu es el que vivifica.” Además, estas *rhemata* de Jesús son, verdaderamente, las palabras arcanas de *un Iniciado*.

¹¹ Podríamos añadir que se dirigieron más allá, a la India y Asia central; ya que su influencia es localizable dondequiera en los países asiáticos.

¹² El asesino de los tesalónicos, diezados por este hijo piadoso de la iglesia.

¹³ El origen Hindú de Baco es innegable. Según Pausanias, Baco fue el primero en conducir una expedición contra la India y lanzar un puente sobre el Eufrates. El historiador Pausanias escribe: “Aun hoy día se exhibe el cable que sirvió para unir los dos lados opuestos. Fue tejido con ramas de viña e hiedra” (X., 29, 4.) Ariano y Quinto Curcio explicaron la alegoría del nacimiento de Baco del muslo de Zeus diciendo que había nacido en el monte indo *Meru* (del griego *μηρος*, muslo). Sabemos que, según Eratóstenes y Estrabón, el Baco indo había sido la invención de algunos panegiristas para complacer, simplemente, a Alejandro, creyendo que había conquistado la India, así como se supone que lo hizo Baco. En cambio, Cicerón menciona que este dios es el Hijo de Tione y Nisos y Dionisios significa el dios Dis del monte Nys en la India. Baco coronado con hiedra o *Kissos*, es Krishna, uno de cuyos nombres era Kissen. Dionisios era, principalmente, el dios del cual se esperaba la liberación de las *almas humanas* de sus prisiones carnales, el Hades y el Tártaro humano en uno de sus sentidos simbólicos. Cicerón llama a Orfeo un hijo de Baco. Existe una tradición según la cual, no sólo Orfeo proviene de la India (lo llaman moreno, con una epidermis bronceada); sino que lo identifica con Arjuna, el *chela* y el hijo adoptivo de Krishna. (Véase “Cinco Años De Teosofía”, el artículo: “¿Se Conocía la Escritura antes de Panini?”)

Sin embargo, se extiende un abismo de sofismo eclesiástico entre este rito noble, tan antiguo como el simbolismo y su siguiente interpretación antropomórfica, conocida hoy en día como *transubstanciación*. Cuán verdadera y actual es la invectiva: “Infaustos vosotros, los legisladores; ya que *habéis sustraído la clave del conocimiento*” (y hoy no permitís ni que la *gnosis* se imparta a los demás). “Vosotros no dejáis que esta *gnosis* os penetre y, al mismo tiempo, que la absorban los que son receptivos a ella.” Aun siguen obstaculizándola. No sólo los eclesiásticos modernos son imputables de esto; sino que los masones, los descendientes o por lo menos los sucesores de los “Constructores del Templo superior” en el período de los Misterios, los cuales deberían hablar con conocimiento de causa; en cambio ridiculizan y desairan a cualquiera de sus hermanos que les recuerde su auténtico origen. Podríamos mencionar a numerosos eruditos y cabalistas modernos pertenecientes a la masonería, los cuales recibieron más que indiferencia por parte de sus hermanos. Es siempre la misma historia. Aun Ragón, el más letrado entre los masones de nuestro siglo, expresa esta queja:

Todas las narrativas antiguas afirman que la iniciación en los días de antaño tenía una ceremonia imponente, cuyo recuerdo se hizo indeleble merced a las grandes verdades divulgadas y su consecuente conocimiento. Aun, *algunos masones modernos*, depositarios de un *saber mediocre*, tildan de charlatanes a todos los que les recuerdan estas antiguas ceremonias y quieren explicárselas. (“Curso Filosófico”, pag. 87, nota 2.)

XII

¡*Vanitas vanitatum!*, no hay nada nuevo bajo el sol. “Las Letanías de la Virgen María” son la prueba tajante de estas palabras. El Papa Gregorio I. introdujo el *culto* de la Virgen María y el Concilio de Calcedonia la proclamó la madre de Dios. Pero el autor de las “Letanías” no tenía, ni siquiera, la decencia (¿o deberíamos decir el cerebro?), de otorgarle otros adjetivos y títulos que no fuesen paganos, como ahora voy a demostrar. No existe un símbolo, ni una metáfora de esta famosa Letanía, que no pertenezca a una cornucopia de diosas. Todas eran Reinas, Vírgenes o Madres. Estos tres títulos son aplicables a Isis, Rhea, Cibele, Diana, Lucifera, Lucina, Luna, Tellus, Latona *triforme*, Proserpina, Hécate, Juno, Vesta, Ceres, Leucotea, Astarte, Venus y Urania *celestiales*, *Alma Venus*, etc., etc.

Esta *trimurti* (tres caras) occidental, además de la significación primitiva de la trinidad (aquella *esotérica* o el Padre, la Madre y el Hijo), ¿acaso no es, en el panteón masónico: “el *Sol*, la *Luna* y el *Venerable*”, una leve alteración del *Fuego*, el *Sol*, y la *Luna* de los pueblos del norte y alemanes?

Tal vez el conocimiento entrañable de esto, indujo a Ragón a describir su profesión de fe así:

Para mí el *Hijo es lo mismo que Horus, el hijo de Osiris e Isis*. Es el Sol que, *cada año, salva al mundo de la esterilidad y de la muerte universal de las razas*.

Después, el mismo autor habla de las particulares letanías de la Virgen María, de los templos, las fiestas, las misas, los servicios de la iglesia, los peregrinajes, los oratorios, los jacobinos, los franciscanos, las vestales, los prodigios, el *ex voto*, los nichos, las estatuas, etc., etc.

Según De Maleville, un gran hebraísta y traductor erudito de la literatura rabínica, los judíos llaman a la luna con todos estos nombres que, en las “Letanías”, se usan para glorificar a la Virgen. Además, en las “Letanías de Jesús”, dicho autor discierne todos los atributos de Osiris, el Sol Eterno y de Horus, el Sol Anual. He aquí la prueba de lo que dice.

Mater Christi (Madre de Cristo), es la madre del Redentor de los antiguos masones, o sea el *Sol*. Las masas egipcias afirmaban que el niño, *Horus*, símbolo de la gran estrella central, era el Hijo de *Osireth* y *Oseth*, cuyas almas habían *animado*, después de su muerte, al *Sol* y la *Luna*. Entre los fenicios, *Isis* se convirtió en *Astarte*, nombre bajo el cual adoraban a la Luna, personificada en una mujer adornada con cuernos, el símbolo de la luna creciente. Durante el equinoccio otoñal, a Astarte se le representaba mientras sollozaba sobre la pérdida de su consorte (el Sol), que es también su hijo, el cual fue derrotado por el Príncipe de la Oscuridad y descendió en el Hades. Este es un eco de lo que hace Isis con su cónyuge, hermano e hijo (Osiris-Horus). Astarte tiene en sus manos una varita cruciforme, una cruz común y se yergue, llorando, sobre la luna creciente. A menudo la Virgen María es representada de la

misma forma, de pie sobre la luna nueva rodeada de estrellas y sollozando por su hijo, *juxta crucem lacrymosa dum pendebat* (la madre se paró ante la cruz de la cual colgaba su hijo y lloró). (Véase “Stabat Mater Dolorosa”). Por lo tanto, el autor pregunta, ¿no es ella, quizá, la heredera de Isis y Astarte?

En verdad, basta repetir “La Letanía de la Virgen María” de la iglesia católica, para apercibirse que se están pronunciando antiguas fórmulas dirigidas a *Adoniaia* (Venus), la madre de Adonis, el dios solar de muchas naciones; a *Milita* (la Venus asiria), la diosa de la naturaleza; a *Alilat*, que los árabes simbolizaban con dos cuernos lunares; a *Selene*, mujer y hermana de *Helios*, el dios Sol de los griegos o a la *Magna Mater honoradísima, purísima y castísima*, la Madre Universal de todos los Seres, porque es la Madre Naturaleza.

María es, en verdad, la Isis *Myriónimos*, ¡la Diosa Madre de los diez mil nombres! El Sol era *Febo* en el cielo, *Apolo* en la tierra y *Plutón* en los submundos (después del ocaso). Lo mismo se puede decir de la luna que era *Feba* en el cielo, *Diana* en la tierra (*Gaia, Latona, Ceres*), *Hécate* y *Proserpina* en el Hades. Por lo tanto, no hay que sorprenderse si a *María* se le llama *Regina de las Vírgenes y castísima*, dado que, aun las oraciones que se le ofrecen en la sexta hora matutina y vespertina, son una copia de las que los “paganos” gentiles, durante *las mismas horas*, cantan en honor a *Feba* y *Hécate*. Nos comunican que el verso de la “Letanía de la Virgen”, *estrella matutina*,¹⁴ es una copia fiel de un verso de la letanía de la *triforme* pagana. La primera vez que *María* fue llamada “Madre de Dios”, *mater dei*, aconteció en el Concilio que condenó a Nestorio.

En el siguiente escrito, consideraremos esta famosa Letanía de la Virgen, mostrando su origen completo. Espigaremos nuestras pruebas de los clásicos y los modernos, completando el todo con los *anales* de las religiones según se encuentran en la Doctrina Esotérica. Mientras tanto, agregamos algunas declaraciones, dando la etimología de los términos más sagrados en el ritual eclesiástico.

XIII

Vamos a considerar, sucintamente, a las asambleas de los “constructores del Templo superior” en los primeros años del Cristianismo. Ragón nos ha mostrado claramente el origen de los siguientes términos:

(a) “La raíz etimológica de la palabra ‘misa’ proviene del latín *messis*, ‘cosecha’, de aquí el nombre *Mesías*, ‘aquél que hace madurar la cosecha’, Cristo, el Sol.”

(b) La palabra “Logia”, usada por los Masones, los sucesores endebles de los Iniciados, tiene su raíz en *loga* (*loka*, en sánscrito), una localidad y un *mundo*; y en el griego *logos*, el Verbo, un discurso, cuyo significado completo es “un lugar donde se discuten ciertas cosas.”

(c) A estas asambleas de los *logos* de los *iniciados* masones primitivos, se les llamó *synaxis*, “reuniones” de los Hermanos, con el propósito de rezar y celebrar la cena, durante la cual se usaban ofrendas no sangrientas o sea frutos y cereales. Muy pronto, a estas oblaciones se les empezó a llamar *hostiae* u *hostias* puras y sagradas, en contraposición con los sacrificios impuros (como los de los prisioneros de guerras, *hostes*, de aquí la palabra rehén). Dado que las ofrendas consistían de frutas cosechadas, las primicias de las *messis*, de aquí derivó la palabra “misa.” Como ningún padre de la iglesia menciona que el vocablo *misa* procede del hebraico *missah* (*oblatum*, ofrenda), según afirman algunos letrados, una explicación es tan válida como la otra. Para una investigación exhaustiva de la palabra *misa* y *mizda*, consulten el libro “Los Gnósticos” de King, (pag. 124, etc.)

Ahora bien, el sinónimo de la palabra griega *synaxis* era *agyrmos*, (un conjunto de hombres, una asamblea), refiriéndose a la iniciación en los Misterios. Ambas palabras, *synaxis* y *agyrmos*,¹⁵ cayeron en desuso entre los cristianos, mientras el término *misa* prevaleció, quedándose. Los teólogos, ansiosos de velar la etimología del término mesías (*Messiah*), declaraban que derivaba de la palabra latina *missus*

¹⁴ La “Estrella Matutina” o *Lucifer*, el nombre con el cual Jesús se denomina en Rev. 22:16 y que, a pesar de todo, se convierte en el *nombre del Diablo*, ¡tan pronto como una revista teosófica lo asume!

¹⁵ Hesiquio llama (*agyrmos*) al primer día de la iniciación en los misterios de Ceres, la diosa de la cosecha y hace alusión a lo mismo usando la palabra *Synaxis*. Los cristianos, antes de adoptar la palabra *misa*, llamaban a la celebración de sus misterios *Synaxis*, un término compuesto por *sun* “con” y *ago* “conduzco”, de aquí el griego *synaxis* o una asamblea.

(mensajero, *el enviado*). En tal caso, debe ser aplicable también al Sol, el *mensajero anual*, enviado a irradiar luz y nueva vida a la tierra y a sus productos. En hebreo, la palabra mesías es *mashiah* (el ungido, de *mashah*, ungir), por lo tanto, difícilmente se podrá aplicar al caso en cuestión, ni confirmará la identidad en el sentido eclesiástico. Al mismo tiempo, la palabra latina *missa* (misa) es difícilmente derivable del otro término latín, *mittere, missum* “enviar” o “despedir”; ya que el corazón y el alma del servicio de la comunión se basa en la consagración y la ofrenda de la hostia (el sacrificio), un pan ácimo (un pan sutil como una hoja) que representa el cuerpo de Cristo en la Eucaristía y tal pan friable es el fruto directo de la cosecha o de las ofrendas de cereales. Nuevamente, las misas primitivas eran las cenas, una simple comida nocturna de los romanos, los cuales “se lavaban, se *ungían* y se ataviaban con vestidos idóneos para la ocasión.” Sucesivamente, se convirtieron en comidas consagradas en memoria de la última Cena de Cristo.

En los días de los Apóstoles, los judíos conversos se encontraban en sus *synaxes*, para leer los Evangelios y la correspondencia (Epístolas). San Justino, en el 150 de nuestra era, nos dice que estas solemnes asambleas se reunían en el día llamado *Sol* (Sunday en inglés, Domingo, *día magno*). En estos días se cantaban salmos, “se bautizaba con agua pura y se celebraba el ágape de la santa cena con pan y vino.” ¿Qué nexo hay entre esta combinación híbrida de las cenas de los romanos paganos, que los inventores de los dogmas eclesiásticos encumbraron en un misterio sagrado y el *mesías* hebreo, “aquél que se autoinduce a descender en el abismo” (o Hades) o su transliteración griega *Messias*? Según Nork, Jesús “*jamás fue ungido, ya sea como alto sacerdote o rey*”; por lo tanto, su título de *mesías* no es derivable de su actual equivalente hebreo. Aun menos, cuando descubrimos que la palabra ungido o “frotado con aceite”, *término homérico*, es *chris* y *chrio*, cuyos significados es *ungir el cuerpo con aceite*. (Véase el artículo “El Carácter Esotérico de los Evangelios”, en la revista “Lucifer” de 1887.)

Otro Masón elevado, el autor de “El Origen de las Medidas”, resume este embrollo secular, sucintamente:

El hecho es que había *dos Mesías*: *Uno*, se autoinducía a descender en el abismo para salvar al mundo.¹⁶

Este era el sol, al cual se le expolió de sus *rayos dorados, coronándolo con los negros* (que simbolizaban tal pérdida) y eran análogos a la corona de espinas. *El otro* era el *Mesías* triunfante, elevado a la *cumbre de la bóveda celestial*, personificado como el *León de la tribu de Judá*. En ambos casos tenía la cruz [...].”

Durante los *Ambarvales*, las fiestas en honor de Ceres, el *Arval* (el asistente del Alto Sacerdote) se vestía en un traje de inmaculada blancura y colocaba sobre la *hostia* (el conjunto sacrificante), un pastel de trigo, agua y vino. Paladeaba el vino de la *libación* y luego lo repartía entre los demás para que lo *probaran*. El Alto Sacerdote oficiaba la *oblación* (u ofrenda), que simbolizaba los tres reinos de la Naturaleza, el pastel de trigo (era el reino vegetal), el vaso sacrificante o cáliz (el mineral) y el *lienzo* (la bufanda) del Hierofante, una extremidad de la cual la colocaba sobre la copa con el vino de la oblación, representaba (el reino animal); ya que era de pura lana blanca de cordero.

El sacerdote moderno repite, gesto por gesto, los actos de su contraparte pagana. Alza y ofrece el pan a consagrar, bendice el agua a poner en el cáliz, luego vierte el vino, inciensa el altar, etc., etc. y, al irse hacia el altar, se lava los dedos diciendo: “Lavo mis manos *entre los Inocentes* y circunvalo tu altar, oh Señor.” El hace todo esto porque así obraban los antiguos sacerdotes *paganos* diciendo: “Lavo mis manos (con agua lustral) entre los Inocentes (los Hermanos plenamente inciados) y circunvalo tu altar, oh gran Diosa” (Ceres). El alto sacerdote, pletórico de ofrendas, daba tres vueltas alrededor del altar, llevando sobre su cabeza el cáliz cubierto con la extremidad de su (bufanda) de lana de cordero de inmaculada blancura.

La vestidura consagrada del papa, el *pallium*: “*se parece a una bufanda de lana blanca*, bordada con cruces purpúreas.” En la iglesia griega, el sacerdote cubre el cáliz con la extremidad de su bufanda que lleva puesta sobre los hombros.

¹⁶ Desde un período inmemorial, tanto en la antigüedad como en el presente, todo iniciado, antes de entrar en su suprema prueba iniciática, pronunciaba estas palabras sagradas [...] “Juro entregar mi vida por la salvación de mis hermanos que son la humanidad entera, si así se me pide y morir en defensa de la verdad [...]”

Durante los servicios divinos, el Alto Sacerdote de la antigüedad repetía tres veces sus fórmulas sagradas: “*Oh redentor del mundo*” a Apolo, el “Sol”; “*madre del Salvador,*” a Ceres, la tierra; “*Virgen parturienta*”, a la Diosa Virgen, etc. y pronunciaba *siete conmemoraciones ternarias*. (¡Escuchad, Oh Masones!)

El número ternario era tan reverenciado en la antigüedad como lo es hoy en día y durante la misa se pronuncia cinco veces. Tenemos tres *introibo*, tres *Kyrie eleison*, tres *mea culpa*, tres *agnus dei* y tres *Dominus Vobiscum*. ¡Una verdadera serie masónica! Si agregamos a estos, los tres *con el espíritu tuyo*, la misa cristiana nos presenta las *siete idénticas conmemoraciones triples*.

Paganismo, Masonería y Teología, es la trinidad histórica que ahora gobierna el mundo *sub rosa*. Podríamos terminar con un saludo masónico, diciendo:

Ilustres dignatarios de Hiram Abif, Iniciados e “Hijos de la Viuda”. El Reino de la Oscuridad y de la ignorancia se está disipando rápidamente, sin embargo, existen regiones aun intocadas por la mano del erudito y tan lóbregas como la noche egipcia. ¡*Hermanos, sed templados y vigilad!*

H.P.B.